

GERMAN L. GARCIA*

El amor y las mujeres

Pedir. Primero y último recurso del que desea algo. No es eficaz. Únicamente se logra lo que no se pide. Más aún: lo que no se desea.

Adolfo Bioy Casares

¿Cuántas bibliotecas podrían llenarse con libros sobre el amor y libros sobre las mujeres? La respuesta es fácil: la pregunta, por retórica que sea, quiere subrayar lo inmensurable del tema. El amor se presta a la sentencia y al tratado, a la tontería y la agudeza.

La palabra *amor* por sí misma, repetida en frases que apenas varían, constituye millones de canciones que simultáneas en el tiempo y separadas por espacios, resuenan sin cesar en lenguas diferentes.

La diversidad se condensa en pocos puntos, la palabra se convierte en algo preciso para la certeza del amor, cuando alguien lo padece como una desdicha o lo busca como una salvación. ¿Existen amores felices? Al menos, en lo que hace a nuestra tradición, parece que no.

Incluso, se espera el desfallecer del amor para decidir el matrimonio. Es frecuente escuchar decir que llegado a un determinado momento, el hábito impone una alternativa: *o bien nos casamos o bien no volvemos a vernos*. Esta exclusión entre matrimonio y amor viene de lejos y se le buscaron las más diversas explicaciones —económicas, políticas, religiosas y... psicoanalíticas—, pero en la práctica los modos son variados. Como decía B. Shaw, el matrimonio es una cuestión de dos que funciona con tres. No sólo tres, dirá alguna replicante en espejo. Es posible. ¿Qué es, entonces, lo imposible? El amor mismo, su realización.

* Colegio Estudios Analíticos.

Irónicas

No siempre el amor tuvo una conexión inmediata con las mujeres, pero para nosotros la cristalización está realizada. En la homosexualidad masculina se ama a las mujeres, tanto como en la homosexualidad femenina.

Cada mujer ama a la desconocida que existe en ella y cada hombre encuentra el amor en una mujer. ¿Existe el amor entre hombres? Es posible que, fuera de la rivalidad y el odio, exista en lazos filiales y en la amistad que los extiende.

De cualquier manera, se trata de la creación de una mujer a la que se ama. De una mujer que sea amable.

Juan Luis Vives (1492-1540) propone un modelo exhaustivo de la creación de una mujer en su libro *Instrucción de la mujer cristiana*, a partir de una minuciosa descripción de lazos admitidos y lazos prohibidos: "...la mujer que toma, a sí misma vende, y la que da, a sí misma da. Por tanto, la doncella que quisiere estar en reputación de honesta y virtuosa, ni dé ni tome cosa del mundo, por pequeña que sea."

La exclusión del amor es fundamental: "Ahora ¿quién podrá acabar de decir de cuántas muertes, de cuántas destrucciones de ciudades, de gentes, de provincias y reinos haya sido causa de este amor? (...) ¿Qué memoria hay entre los enamorados de cosa santa, de justa u honesta? (...) los ánimos de los enamorados, aquejados con fiebre continua, ningún descanso o reposo ni alivio hallan; a cada hora se duelen, a todos tiempos que quejan, a cada momento son de sus discordes y atormentadores cuidados despedazados (...) no te diré las penas que causa la ausencia de aquel que amas, ni la fatiga que traen los celos, ni los dolores y rabia que nacen de verlo enajenado, quiero decir, cuando ves en poder de otra al que tú quisiste".

Además, los hombres no son amables: "Los sanguíneos son livianos y mudables, y muy tarde guardan fe ni puesto con mujer, antes cuantas ven tantas quieren y tantas buscan. Los coléricos son airados, feroces, sobresalidos, arrebatados y a veces más locos que otros. Los flemáticos son perezosos, soñolientos, groseros, sospechosos y llenos de malicia. Los melancólicos son tristes, pensativos, de mala condición, hacinos, malignos, descontentadizos, podridos en sí y rocines de un establo".

Curada del amor, aún queda por quién debe dejarse amar: "Teniendo pues, tantos y tales amadores, es a saber: a Dios Padre, a Cristo, a nuestra Señora Santa María Virgen, a la Iglesia, a las Vírgenes, a tus padres, a tí misma, a la eterna felicidad, ¿qué lugar puede hallar en tí vacío el amor mundano?"

La enumeración de cosas que no tienen lugar en el tiempo y en espacio —Dios, Cristo, Santa María, las Vírgenes— reduce la enumeración a la Iglesia, los padres y la mujer misma. ¿No es un éxito de la religión el acomodarse, en este punto, a la posición acomodaticia de quién se propone de esa manera "como objeto trascendente del deseo"? Las leyes de intercambio entre los hombres pueden ser descriptas como abyectas, la mujer trasciende estas leyes por el amor particular que Dios le dedica: "Ahora el hombre se casa con el dinero y el dinero se toma por mujer, que no la mujer; y según verdaderamente aunque por vía de gracia lo dijo Séneca,

con los dedos tomamos las mujeres, es a saber: contando la moneda que nos traen; y a esta causa vemos tantos casamientos tristes y llenos de mil fatigas y miserias, teniéndose cada uno de las partes por casado con la hacienda y no con la persona, y cada uno se abraza estrechamente con el arca, el marido teniendo a la mujer por manceba y la mujer al marido por enamorado o adúltero, y no se quieren más de por el vicio; en lo demás se querrían ver muertos, él a ella por gozar sólo de su dote y ella a él por verse libre y poder trafagar a su voluntad, y aún a vuelta de esto muchas veces se buscan la muerte, y porque no es cosa nueva lo he querido decir”.

La mediación de Dios puede limitar el poder del dinero como mediador mortificante, en tanto convierte a la mujer —como decía Jacques Lacan— en el lugar donde se produce el espejismo de una equivalencia entre el valor de uso y el valor de cambio.

Se trata de la ironía que organiza las funciones de la diferencia sexual, ironía que *La fenomenología del espíritu*, de Hegel, ha descripto con palabras memorables: “Mientras que la comunidad sólo subsiste mediante el quebrantamiento de la dicha familiar y la disolución de la autoconciencia en la autoconciencia universal, se crea su enemigo interior en lo que oprime y que es, al mismo tiempo, esencial para ella, en la feminidad en general. Esta feminidad —la eterna ironía de la comunidad— altera por medio de la *intriga* el fin universal en una obra de este individuo determinado e invierte la propiedad del Estado, haciendo de ella el patrimonio y el oprel de la familia” (Ed. FCE, pág. 281).

Se entiende, entonces, de que manera Dios —inconsciente como es— se enlaza con el goce de la mujer, de cuyo maquillaje dice Juan Luis Vives: “...yo diría que si quiere agradar a sí misma, es vana; si a Dios, es loca; si a los hombres, es mala”. Maquillarse es corregir la obra de Dios, en tanto el rostro de la mujer es la superficie que refleja la satisfacción que recibe de Dios y los rasgos que ofrece como testimonio al mundo.

La otra especie

En 1980 Jacques Lacan habla de un cuadro de Bramantino y dice que se trata de una pintura “bien hecha para dar fe de la nostalgia de que una mujer no sea una rana”. Una reproducción de esa pintura, desconocida por el ambiente analítico hasta ese momento, fue la portada de la revista *Sinthoma* N° 1 (Barcelona, 1981). En efecto, la posición de los cuerpos —un hombre desnudo boca arriba y una rana en simetría— es inquietante y puede hablar de esa nostalgia. Pero, estoy seguro de que Jacques Lacan no ignoraba un libro de Lévi-Strauss que entonces tenía más de diez años de publicado. Me refiero a *Mitológicas III (El origen de las maneras en la mesa)* y en particular a su capítulo llamado “Cuando se es señorita” donde leemos: “La mujer humana y la animal difieren pues en lo físico y en lo moral. Todo predestina a la una a su vocación de esposa y de madre; todo aleja a la otra. Así es como se ve a la primera alcanzar sin inconveniente el estado de cultura, en tanto que la segunda sigue en la indistinción y el caos. Que esta mujer imposible de educar sea una *rana*, no es cosa que sorprenda, puesto que el volumen anterior nos

enfrentarnos al prototipo de la chica mal educada bajo el aspecto de una mujer loca por la miel —es decir, esclava de la naturaleza— y, pasando del Chaco a la Guayana, la hemos visto transformarse en rana (...) se alza el velo que cubre un vasto sistema mitológico común a las dos Américas, en que la sujeción de las mujeres funda el orden social (...) El tránsito de la naturaleza a la cultura exige que el organismo femenino se vuelva periódico, pues el orden social tanto como el cósmico quedarían comprometidos por un régimen anárquico, bajo cuyo imperio no se sustentarian mutuamente la alternación regular del día y de la noche, las fases de la luna, las indisposiciones femeninas, la duración fija del embarazo y el curso de las estaciones (...) Así, es preciso que las mujeres estén sometidas a *reglas*" (Pág. 187).

Aquí Lévi-Strauss parece responder al aserto de Hegel, en lo que hace a la función educativa de esas singularidades por "...la severa sabiduría de la edad madura —escribe Hegel—, que, muerta para la singularidad, para el placer y el goce, lo mismo que para la actividad real, sólo piensa en lo universal y se preocupa de ello...".

El orden cósmico resulta ser la tradición que se transmite por los que están muertos para el placer, el goce y la actividad real. Y ese orden encuentra dificultades para hacer entrar a la mujer —trascendente para el cristianismo, excepción de la regla para el mundo secular— en la renuncia de sí que Hegel ofrenda "...al hijo en quién la madre ha traído al mundo a su señor, al hermano en el que tiene la hermana al hombre como su igual, al joven por medio del cual adquiere... el goce y la dignidad de la esposa".

La ironía es también —como lo enunciaba cierta vez Eric Laurent— que la mujer se autoriza de sí para ser mujer, mientras que los hombres se autorizan del Otro.

Y esa mujer que se autoriza de sí inquieta hasta el delirio, en tanto lugar de un goce incesante; "Publio Sirio tuvo razón—escribe J.L. Vives— en decir que la mujer que sola está pensando, en alguna maldad debe pensar".

La madre, la hermana, la esposa —esas funciones son posteriores a una mujer que existe fuera de la ley, en tanto significante y en tanto fetiche. ¿De dónde salió esa rana convertida en mujer?

Invención del amor

"Todos queremos amar, a pesar de los pesares; —escribe Stendhal— porque es un estado delicioso de vivir en ese torbellino de emociones fuertes cuando se es joven, para vivir de esos recuerdos cuando nos llega la edad de las reflexiones serias."

El *Werther* de Goethe, *Madame Bovary* de Flaubert, *Manon Lescaut* del Abate Prévost, *Margot* de Musset son —para evocar el título de un libro de Theodor Reik— creaciones de mujeres, creaciones que pueden ser amadas por un tercero en tanto son invenciones del amor y para el amor.

Como dice Jacques Lacan en *Aur*: "El hombre cree crear, cree-cree-cree, crea-crea-crea. Crea-crea-crea a la mujer. En realidad, la pone a parir...".

Y de esta manera la difama en tanto mujer, la exalta en su majestad de madre. En tanto un sexo no puede ser educado *para* el otro, cada sexo resulta educado *por* el otro.

La música de este croar, de este creer, de este crear, se llama amor y uno de sus grandes inventores dice: "Quizás os parezca sorprendente que os hable del amor como si fuera cosa que pudiera existir de por sí, y no solamente como si fuera sustancia inteligible, sino hasta como si fuera una sustancia corpórea. Ahora bien, si nos atenemos a la verdad esto es falso. Porque el amor no tiene, como las sustancias, una existencia separada; no es más que un accidente en la sustancia" (Dante, *Vita Nuova*). Si por un momento homologamos la sustancia al goce, el amor es un accidente por medio del cual la sustancia condesciende al deseo... del Otro. Entonces la *semblant*, la del discurso que induce el amor, es posible: "Gran vergüenza —escribe Dante— sería para el hombre que rimara algo con figura y colorido retórico y fuera incapaz de desprenderse, en caso de que ello se le pidiera, de esas vestiduras para poder mostrar el verdadero sentido de las palabras."

Es esta imposibilidad lo que constituye lo más real del amor, en tanto es en el hábito de los palabras donde deseando sin saber se encuentra el objeto desconocido del deseo. Y en estas palabras se tiende el puente entre las dos especies, esas que nada tienen que hacer una con la otra, la de los hombres y la de las mujeres. Sin esas palabras que convierten "al accidente de la sustancia" en un lazo nuevo, se abre un abismo entre los *croantes*, de manera menos patética, vuelan los "moscardones alados del narcisismo" y su lucha de los sexos. Idealizaciones y/o degradaciones de un lado y del otro, simetrías que no pueden soportarse y diferencias que se rechazan hasta la exasperación.

La ausencia del correlato —una consecuencia es la protesta por la desigualdad entre los sexos—es causa de invención, pero de manera más generalizada cristaliza en las *frases hechas* que de una lengua a otra, de un grupo social a otro, organizan la monotonía de los encuentros —por edades, por gustos, etcétera— en la búsqueda de una simetría que concluye en un baile frente al espejo.

Pero, como mostró Pasteur al exponer su teoría de la asimetría molecular: "Si se considera los objetos materiales, cualesquiera que sean, bajo la relación de sus formas y de la repetición de sus partes idénticas, no se tarde en reconocer que se distribuyen en dos grandes clases con estos caracteres: los unos colocados frente a un espejo dan una imagen que les es superponible; la imagen de los otros no podría recubrirlos, aunque reproduce fielmente todos sus detalles".

Los que no se recubren a sí están del lado femenino, inquietantes y/o amables, exigen la invención de un lazo que facilite descansar en el Otro de las fatigas causadas por la falta de ser: "... a lo largo de la vida hay mujeres únicas, pero que no son la misma" (J.L. Borges).